

Obituarios a destiempo

Para comerse el mundo

Sealtiel Alatryste

2 de septiembre de 2010: muere Germán Dehesa, uno de los periodistas más queridos entre los lectores mexicanos.

Quizá me tenga que remontar al año 1966 para hablar de Germán Dehesa. Han pasado cuarenta y cuatro años y mi encuentro con él sigue siendo uno de los momentos más importantes de mi iniciación literaria. Aquél fue uno de los años cruciales de mi juventud, de la efímera juventud que mi generación estrenaba entonces y que estaba destinada a acabar dos años después, el dos de octubre, en la Plaza de las Tres Culturas de Santiago Tlatelolco. Poco antes de iniciar el último curso de la preparatoria, había aparecido el *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*, el álbum de *The Beatles* destinado a ser insignia de la sensibilidad de los sesenta. La cauda de personajes, los trajes que visten los integrantes del mejor grupo de la época, los colores pastel, la ironía de cada detalle, todo significaba que queríamos comer el mundo, o mejor, que confiábamos en que el mundo, pasado y futuro, estaba ahí para que nos lo comiéramos. Supongo que no era una característica sólo nuestra, pero antes de salir al mundo ya nos sentíamos triunfadores, creo también que ésa fue la seguridad que quiso aplastar el gobierno cuando mandó reprimir con todas sus fuerzas la concentración de Tlatelolco. Ahora pienso que es posible que el esplendor de nuestra juventud durara del lanzamiento de ese álbum de *The Beatles* al anochecer del 2 de octubre de 1968. Justo en ese lapso tomó forma mi amistad con Germán Dehesa: esos meses nos marcaron para hacernos amigos para siempre, a pesar de los avatares de la historia.

Germán fue mi maestro en el último año de preparatoria que cursé en el Colegio Uni-

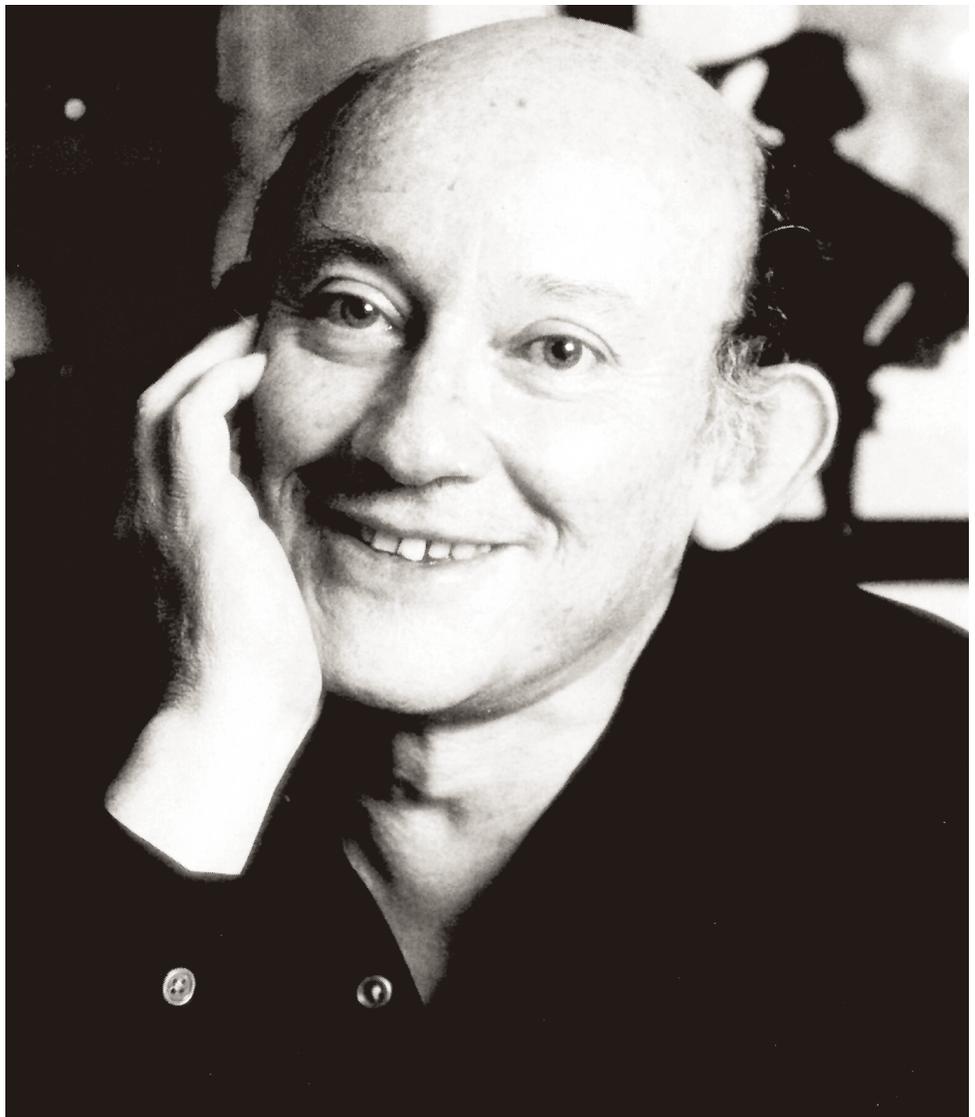
versitario México (CUM); nos separaban apenas cinco años de edad, pero en ese momento eran los suficientes para que lo reconociera como mi maestro. Con su guía me adentré en los meandros de la literatura latinoamericana, y bajo su influjo escribí mi primer cuento. Germán era un maestro diferente, provocador, que hacía ostentación de su juventud, que con su ironía sabía sacar lo mejor de nosotros. Hasta donde yo sé, aquél fue su primer año de maestro en el CUM, después sería maestro en la Facultad de Filosofía y Letras, y al cabo conduciría una gran cantidad de grupos de mujeres a la lectura, las cuales (me consta) le guardaron devoción a lo largo de los años. Ese mismo año también empezó a escribir sus Pastorelas Navideñas, en las cuales daba cuenta de lo que había sucedido a lo largo del año y en las que un demonio medio maricón (o maricón del todo) se mofaba de cuanto Dios le ponía enfrente. Alfonso Ruiz Soto, el Cejas, compañero mío desde los remotos años del kínder, daba vida a aquel diablo que respondía al nombre de Cleofas o Chafas, ya no me acuerdo, y sacaba carcajadas a los alumnos que nos reuníamos en el auditorio de la escuela para presenciarlas. Tres años después, en un viaje memorable de mochila al hombro que hicimos por Europa, Germán nos confesaría a José Luis Barros, Alfredo Rubio y a mí, que lo que quería hacer en la vida era lo que hacía en ese tiempo: dar clases, hacer parodias o pantomimas políticas, y escribir los artículos que, en aquel otoño del 69, había empezado a publicar en *El Universal*. Lo curioso de aquella noche que pasamos en Florencia, en una plaza de la que he olvidado el nombre (y que no quiero ahora recordar), pero que tiene una reproducción del *David* de Miguel Ángel y desde la

cual se contempla toda la ciudad, es que todo lo que dijimos se cumplió: José Luis dijo que iba a ser historiador, político y melómano, y es lo que ha sido; yo dije que sería editor y novelista, y es lo que he sido. Germán, está de más decirlo, se convirtió en uno de los autores de farsa política más importantes del país, y durante años, su columna del periódico *Reforma* fue de las más leídas.

Germán tuvo siempre una rara capacidad para combinar, con naturalidad aparente, sentimientos contradictorios: en él convivían la vergüenza con el descaro, la melancolía con el entusiasmo, la timidez con la audacia, la inclinación a la banalidad con un certero tino para reconocer lo profundo de un texto literario. Alguna vez me dijo que no iba a ser capaz de escribir una novela porque era tanto como desnudarse frente al público, y sin embargo, su personaje de Don Teodulito (que aparece en muchas de sus farsas) lo desnuda de pies a cabeza. Esas farsas que parecen sacadas del teatro carpero de principios del siglo pasado, en realidad estaban inspiradas en Giovanni Guareschi, uno de los escritores humorísticos que supo desentrañar el alma italiana de la posguerra con su personaje de Don Camilo. No fueron pocas las veces que lo vi abatido por una melancolía en la que parecía que iba a consumirse, pero se sacaba de adentro una frase desconcertante, cargada de humor, que lo redimía de la tristeza. Recuerdo, por ejemplo, que alguna vez comentamos acerca de los tormentos de la adolescencia y sobre las tentaciones carnales que los hermanos maristas exhibían como prueba fehaciente de nuestra inminente condenación a los infiernos. Ambos habíamos asistido a las Jornadas de Vida Cristiana, donde la posible condena no era una entelequia sino una realidad palpable. Co-

mo todos, Germán fue a confesar sus pecados con la gastada fórmula de: “Me acuso padre de que he tenido malos pensamientos”. El confesor, con una sensibilidad rayana en el intelecto de Joaquín Pardavé, le preguntó: “¿Te gustan los deportes?”. “Me encanta el fútbol americano”, contestó Germán. “Pues cuando te asalten esos malos pensamientos”, sugirió el sacerdote, “piensa que estás en un partido de americano”. El remedio resultó peor que la enfermedad: cada vez que una mujer alertaba su sexualidad, él, tímido como era, se imaginaba echándose un tochito con ella, y que cada tacleada acabaría en un faje de fantasía. Para él, los tormentos sexuales de la adolescencia que a muchos nos arruinaron el entusiasmo, acabaron en gozo deportivo. Le gustaban los poemas de Borges tanto como ciertos boleros, el fútbol americano, los conciertos de corno de Mozart, las obras de teatro de Max Frisch, así como los esquetes de Palillo, las películas de guerra, las comedias inglesas, los sonetos de sor Juana, la poesía de Sábines, en fin, su sensibilidad conservó siempre aquellas ganas de comerse el mundo con que nuestra generación nació a la vida adulta.

Cuando me enteré que estaba enfermo de muerte lo fui a ver a su casa. Hacía algunos meses nos habíamos encontrado en una comida en casa de Gloria Pérez Jácome, y lo vi muy mal, la enfermedad ya había hecho no sólo estragos en su semblante sino en la energía con que siempre había enfrentado la vida. No fue nada comparado con el estado de postración con el que lo encontré después en su casa. “¿Cómo estás?”, le pregunté idiotamente. “Del carajo”, contestó, “es horrible saber que te vas a morir y que no hay escapatoria”. No había pena ni rabia ni lamento en su voz, sólo dolor, un cierto aire de resignación que lo llenaba todo. Me desarmó, no supe qué decirle, y ahora tampoco me acuerdo qué le contesté. Le propuse que la UNAM le hiciera un



Germán Dehesa

reconocimiento, es lo que se merecía después del cariño que le había mostrado a la institución. “El Rector y yo pensamos que sería bueno que la comunidad te reconozca”. Sonrió, y una vaga alegría cruzó su rostro. ¿Qué tal el viernes 29 de agosto?, le sugerí, “tenemos tiempo de prepararlo”. “No”, me contestó él, “hagámoslo el viernes siguiente”. “¿El 3 de septiembre?”. “Sí, el 3 de septiembre”. Intenté convencerlo de lo contrario pero no hizo caso, se había aferrado a esa fecha, nunca supe por qué. El día 2 de septiembre, jueves, estaba dando mi clase cuando empezó a sonar mi teléfono celular, no quería contestar pero el número

de personas que llamaba era grande y extraño a la vez. Les pedí perdón a mis alumnos y contesté. “Germán acaba de morir”, me dijo Enrique Balp, “lo siento”. No pude evitar pensar que en un salón de clase nos habíamos conocido, que había sido mi maestro, que le debía mi iniciación a la literatura, y que ahora en un salón de clase me despedía de él. La UNAM, la Facultad de Filosofía y Letras, que tanto nos había dado, eran el telón de fondo para decirnos adiós. “Acaba de morir un amigo de toda la vida”, les dije a mis alumnos. “Lo siento, me duele en el alma y no soy capaz de continuar con la clase”. □

Germán era un maestro diferente, provocador, que hacía ostentación de su juventud, que con su ironía sabía sacar lo mejor de nosotros.